

---

## CAPITULO VIII

*Agosto.*

Si los novelistas antiguos, que buscaban con tanta afición nuevas costumbres y nuevas gentes, hubiesen conocido el tranvía, ¡cuánta hubiese sido su alegría, pudiendo observar lo que yo desde él observo! Se ven allí esposos lugareños que, al hacer su viaje de novios, dan la vuelta á la línea de las afueras, haciendo doce millas, una tras otra, con la ilusión de hacer siempre un nuevo camino, hasta que, acosados por el hambre, bajan del carruaje, asombrados de la inmensidad de aquel Turin, que no se acaba nunca; montañeses solitarios, que llegan á la Carrera, donde toman otro coche que parte, creyendo que continúa el viaje, y vuelven por otro camino al punto de que partieron, mirando

alrededor, estupefactos, como gente llovida del cielo; pobres aldeanos, que durmiéndose durante el trayecto, se despiertan una milla más allá del punto donde debieran bajar, y se ponen furiosos contra el cochero, que debiera haberlos despertado ó, por lo menos, «pregonar la estación,» como sucede en ferrocarriles.

Más ameno todavía que esto, y más extrañamente pretensivas, son las mujeres: veo anotada una nodriza que, no encontrando sitio donde sentarse, no quiere pagar más que cinco céntimos, porque dice que para estar en pie es ya mucho pagar, y que si no, que deben «poner otro vagón;» dos mujeres que, al subir, le dicen al cobrador que haga parar el carruaje frente á la casa del *señor Gaset* ó del *señor Cimusa*, gente desconocida, ni más ni menos que si dijera:

—Pare usted ante el Palacio real.

Veo una joven alpina que, bajando en Porta Palazzo con un gran envoltorio, ruega al conductor que la espere, pues volverá en seguida que haya entregado el vestido que lleva á una parienta suya, y se indigna de tal manera, al oír las carcajadas de los pasajeros, que los trata á todos de mal educados, con voz clara y fresca. No hay mejor espejo que el del tranvía, para ver cuánta ingenua ignorancia corre todavía por el mundo, y para comprender por qué es tan fácil el arte de engañar al prójimo. También pude observar los tímidos; los que, no conociendo Turín, buscan su tranvía en los cruces de las líneas, piden informaciones aquí y allá, á los cocheros que pasan rápidamente, y no comprendiendo la respuesta, toman un carruaje

distinto del que debieran, vuelven á subir á otro, se paran, suben á un tercero, que tampoco es el que buscan, y bajan de nuevo, desesperados y maldiciendo su confusión, y la furia infernal de todos y de cada cosa, ante la cual un pobre hombre, pierde el tiempo y la cabeza. ¡Oh, pobre gente, de la que se rie todo el mundo; pobres náufragos de las grandes ciudades, cuánta piedad despertáis, al que bajo vuestro afán adivina el pensamiento inquieto, que os lleva hacia la *cittadine infauste mura*, de la mujer que os espera en el hospital, del hijo que queréis visitar en la cárcel, del trabajo que busca réis en vano, ó del pariente ingrato que creéis os acojerá con cariño, y en vez de ésto os dará con la puerta en las narices.

\*  
\*\*

Agosto empezó para mí con el descubrimiento de un nuevo uso, para el cual nunca hubiera pensado que sirviera el tranvía. Desembocando del paseo Valentino, en la calle de Niza, subí á una jardinera de la que ocupaban todos los bancos, menos el último, una comitiva nupcial. En el primer banco, es

taban el esposo y la esposa: ésta, muy rubia, vestida de blanco, adornada de flores y envuelta en un gran velo; en los otros, una veintena de parientes y amigos, las mujeres con vestidos de seda y los hombres llenos de pomadas, recién afeitados y con una flor en el ojal; un viejo, con un sombrero de copa del siglo anterior; un sacerdote de aldea y muchachos y chiquillos, vestidos con los trapos de cristianar. Se comprendía que iban al Ayuntamiento en aquella forma económica, no por tacañería, sino por capricho, por el gusto original de dar pública muestra de su alegría. Todos estaban alegres, efectivamente, como si hubiesen ya festejado el casamiento con muchas botellas de vermuth. Las mujeres charlaban, los hombres sonreían, porque entreveían en lontananza una buena comida, los viejos se alegraban también y las muchachas estaban agitadas. Hasta el cochero y el cobrador, que hablaban con unos y con otros, parecían contagiados por aquella alegría como producida por los vapores de un licor fuerte. La blancura de la desposada anunciaba el espectáculo desde lejos, y hacía que muchos transeuntes subieran al estribo, que saliesen las mujeres de las tiendas, que corriesen tras del coche chiquillos y más chiquillos, que los carreteros y cocheros corriesen sin cesar, y desde lo alto de sus pescantes, gritasen:

—¡Oh, que hermosa rubia! ¡Dios bendiga vuestros hijos! ¡Su belleza es de buen agüero!

Y los cocheros de los otros tranvías saludaban á su colega, en tanto que los pasajeros se volvían á mirar todos á la vez, regocijados y curiosos. Y la comitiva, excitada por la admiración pública, ha-

blaba cada vez más fuerte, excitaba con la voz á los caballos, que iban al galope por la calle Lagrange, más y más excitados por los silbidos del cochero, haciendo ondear como una bandera el velo transparente de la novia rubia, encendido el rostro de vez en cuando por los rayos del sol, que salían de las calles laterales, y parecíame verla sentada sobre un trono, gracias al esplendor de la blancura propia y de la de su traje. Mirando aquel cortejo, parecíame aquello un reclamo de una agencia matrimonial, ó sociedad de propaganda conyugal, un poco carnavalesca, pero gentil y simpática. Y ¿quién sabe? quizá sea la primera forma de un carro de novias del año dos mil, cuando todo será servicio público, y se casarán con la misma pompa el hijo del colillero que el del ministro.

\*  
\*\*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

Unos días después, en todas las líneas respirábase un aire de boda. En las conversaciones de las mujeres y muchachas, y entre los hombres, oíase á cada momento un *el* y un *ella*, respetuosos, como si se tratase de los esponsales de Adán y Eva, de un

Adán y una Eva que debieran engendrar una nueva generación, más perfecta y más pura. Oía también noticias vagas y comentarios fantásticos acerca de una belleza femenil que ninguno había visto, pero hacia la cual parecía que todos tuvieran el alma llena de admiración. Estaba una mañana en la jardinera de la línea de Lanzo, de pie al lado del cochero, y estando de perfil veía un grupo graciosísimo. En uno de los primeros bancos había dos hermanas de la Caridad, con los ojos bajos y los brazos cruzados; detrás de ellas cuatro muchachas del pueblo, y cerca un cobrador de Telégrafos. En la plaza de Carlo Felice, subieron al lado de las dos monjas, dos señoras elegantes que, apenas sentadas, abrieron un periódico ilustrado que acababan de comprar y miraron con gran atención la primera página. Volvíme un momento después y vi á las cuatro muchachas en pie, que alargaban la cabeza movidas de curiosidad, inclinándose aquí y allá para ver el periódico, tan pronto tapado como descubierto por los sombreros de las señoras. Miraban todas el retrato de la princesa Elena de Montenegro. Era el primero que llegaba á Italia y que todas aquellas mujeres veían por la primera vez. La escena era curiosísima. Las miradas agudas y reflexivas y los labios de las dos señoras, revelaban un análisis detenido, acompañado de dudas y de reserva de crítica meticulosa; la risa muda y casi resplandeciente de las muchachas, expresaba una curiosidad más viva. Las dos monjas eran las que no habían vuelto la cabeza, pero no podían disimular su deseo de ver, y lanzaban sobre el periódico ojeadas rápidas y oblicuas, como sobre una

cosa prohibida. Hasta el cochero volvía la vista atrás, y el cobrador, de pie en el estribo, alargaba la suya, y el telegrafista levantaba la cabeza sobre las espaldas de las muchachas.

En un momento dado, bien fuese para respirar más libremente, bien por benevolencia innata, las dos señoras alargaron cortesmente el periódico á sus vecinas, que le cogieron con rapidez, examinándolo con placer, y se inclinaron todas á un tiempo con las cabezas agrupadas, empezando una charla vivísima. El tranvía pasó delante de la estación de Puerta Nueva, de donde salía una gran oleada de gente, de ómnibus y de carruajes, dió vuelta al paseo de Génova, enfrente de la gran muralla azul de los Alpes, y se hundió entre los árboles y los edificios sonrientes del paseo del Rey Humberto, y las cuatro muchachas continuaban su examen, sin levantar la cabeza pero ya sin hablar, como si después de haber desfogado su primer impulso, estuviesen ahora absortas en mútua contemplación inmóvil y silenciosas. Se veían pasar por sus ojos la admiración, la simpatía, el sentimiento de la distancia inmensa que separaba sus personas de aquella retratada; el esfuerzo de la fantasía con que buscaban en aquel rostro las señales de una predestinación gloriosa, el pensamiento de las grandes fiestas, de la felicidad sobrehumana que esperaba á la primera, la envidia tímida y reverente de una vida que ellas imaginaban de esplendor, de triunfos, de alegrías, y hacia la cual no podían aspirar ni aún en sueños. Yo no podía apartar los ojos de los suyos, y al pensar que otros miles de muchachas, que otros millares de criaturas huma-

nas, de todas edades y de diversos estados, estaban en aquellos días pensando afanosos en aquella imagen, y que ésta, que era la de una muchacha ilustre y de tipo gentil, sí, pero desconocida al cabo, era comentada y contemplada tan religiosamente como no lo fué nunca ningún héroe, ningún hombre de genio, ningún bienhechor de la humanidad, en ningún país y en ningún tiempo, sentíme presa de un estupor profundo, como ante un gran misterio, como ante la intuición confusa de algún instinto, todavía no descubierto en el alma humana. Dominado todavía por este estupor, no aparté mi mirada de aquellas cuatro muchachas, que se acercaban al suburbio solitario de la Crocetta, hablando calorosamente de aquel retrato, como si llevasen ya consigo la explicación de aquel misterio.

\*  
\*  
\*

Dos días después (recuerdo que era el día de la muerte de *La Reforma*), habiendo caído el quincuagésimo chubasco de la estación, empezaron á salir de nuevo los carruajes cerrados y me encontré al mediodía, en la línea de la barrera de Casa-

le, sentado en frente de la estudiante de medicina que estaba junto á varios señores y señoras que la observaban sin hablar. A cuantos no la habían visto nunca causaba la misma impresión que me había producido á mí; pero sobre aquel rostro blanco y puro, con una pureza de virgen ideal, me parecía ver alguna cosa insólita, la señal de un pensamiento nuevo y vivo que cambiaba de sitio, apareciendo tan pronto en los ojos, como en la frente ó sobre los labios, bien así como una sombra que se deslizara sobre un agua límpida y serena. Sus grandes ojos continuaban, sin embargo, posándose sobre la gente con una expresión incierta de quien mira cosas lejanas, que no embargan su pensamiento, y su boca con el labio superior ligeramente marcado, conservaba aquel aire infantil, indefinible, que patentiza la ignorancia del beso amoroso. Con una de sus manos acariciaba el pétalo de un nardo que tenía en el pecho; y ví que eran muchos los que miraban atentamente aquella mano larga, blanquísima, casi diáfana, que parecía debía disolverse al sentir el apretón de la mano de un amante. Y con aquella mano acariciaba ella las cabezas truncas; con aquella mano arrancaba la piel de las piezas anatómicas que estaban sobre la mesa de disección y esa misma mano se ensangrentaba buscando los músculos y los nervios en la carne infecta de los cadáveres mutilados. No sentía, sin embargo, ninguna repugnancia por aquella mano, como si ningún sucio contacto pudiese manchar, como si ninguna impureza pudiese atacar la blancura virginal de aquellos dedos, del mismo modo que no podía, á juicio mío, penetrar en su alma

ninguna de las bajezas de la vida y del mundo. Tales pensamientos me asaltaban observando el movimiento de aquellos dedos que parecían pétalos de un lirio agitado por la brisa, cuando en el último tercio de la calle María Victoria, el tranvía se paró á un signo de una muchacha esbelta y bien compuesta, una morenita que llevaba un sombrero rojo, adornado con impertinentes plumas de gallo, la cual subió rápidamente y se sentó en el único sitio que quedaba libre, es decir al lado de la estudiante.

¡Qué imprudencia! He aquí un peligro que no había advertido y que presenta la *Carrozza di tutti*, á las pescadoras. Si saliendo de donde salía aquella muchacha hubiese seguido la calle á pie, de fijo que á muchos se les hubiese ocurrido el pensamiento que se me ocurrió al verla; pero mirada rápidamente, no se hubiese encontrado expuesta como lo estuvo en el coche á las observaciones detalladas de muchos ojos inquisitoriales, para los que la comunidad visible de una misma sospecha, cambiaba la sospecha en certeza. Era una novicia, y se comprendía bien, porque á penas recibió la primera descarga de todas aquellas miradas que no había previsto, se turbó y trató de disimular su turbación volviendo la cara hacia la calle, leyendo los anuncios, mirando el abanico y fingiendo no advertir que era el objeto de la curiosidad general. Pero en vano, porque á pesar de haber dado cinco pasos solamente, respiraba como si hubiese dado una corrida, y lo que no decía su respiración anhelosa, lo decían las pupilas húmedas, las mejillas rojas, los labios febriles. Había ciertamente allí personas de-

licadas que advertían la inconveniencia, la crueldad de observarla todos á un tiempo y de atormentarla de aquella manera; pero siendo la curiosidad más viva que la compasión, las miradas insistían, acusando el trabajo impúdico de las imaginaciones, hasta el punto de que en el rostro de ella sucedió á la vergüenza la irritación, y luego, un aire forzado de audacia y de desaffo, la tentación visible de decir en voz alta:

—¡Pues bien, sí! ¿Y qué? ¡Sois un atajo de indiscretos y de insolentes!—y de empezar una distribución circular de bofetones.

La estudiante únicamente fué la que pareció no verla ni advertir que los otros la mirasen, como si no hubiese entrado nadie; ni una vez sola volvió su mirada hacia ella, ni una sola sombra, exceptuando la de su primer pensamiento, pasó sobre su rostro blanco é inmóvil. Nunca comprendí, no sentí nunca, como comparando aquellos dos rostros vecinos, la superioridad infinita del encanto que viene del alma, sobre la fuerza que tienta los sentidos. Aquella resplandecía después de la comparación con una luz maravillosa de belleza, de gracia y de dignidad que la hacía aparecer como una criatura de una raza superior, á la cual, de buena gana, se besara la frente, echando hacia atrás las manos.

Voy á hacer algunas observaciones que pueden convenir á los que acostumbran á pasear en tranvía.

Dedico la primera á los jóvenes.

— «Cuando se está de pie en la plataforma posterior de una jardinera, en compañía de un amigo, no se debe expresar nunca la admiración que causa la belleza posterior de una mujer, sentada en uno de los bancos, porque entre los pasajeros que están de pie en la misma plataforma, puede hallarse alguno á quien el requiebro no guste.»

Ejemplo. Un jovencito:

—Mire que hermoso es el cuello de aquella mujer, la primera á la izquierda del tercer banco, con aquellos ricillos en la nuca. ¡Qué precioso cuello! De buena gana le pondría un collar de besos...

Un señor del lado, con voz seca:

—Le advierto que es el cuello de mi mujer.

Otro consejo á las señoras:

«Estando en el tranvía cuando se entra en una plaza, no tomar nunca para sí las frases admirativas de un pasajero, si en aquella plaza hay un monumento!»

Ejemplo:

Sube una señorita en un carruaje cerrado en la plaza del Estatuto y en el momento en que entra por la puerta delantera, su sombrero intercepta la visual que de los ojos de un forastero sentado en el fondo, va á la cima del monumento de Frejus, en el mismo instante en que aquel dice á su compañero:

—¡Mira qué hermoso ángel!

La señorita se ruboriza; el compañero contesta:

—Lo ha modelado Tavacchi, y está fundida en el arsenal...

Y la señorita se sienta muy corrida.

Un tercer precepto que puede aprovechar á todos:

«Saliendo de casa, no tomar nunca por aprisa que se vaya sin previo examen, un puñado de monedas de cobre que encontréis en un rincón de la gaveta.»

Cometí ese descuido y por desgracia subí á un tranvía donde había mucha gente y un conductor barbudo que tenía el aspecto y los modales de un fiscal malhumorado.

Me devolvió la primera moneda, diciéndome:

—Es argentina.

Me devolvió la segunda con una mirada severa, diciendo:

—También ésta es argentina.

Devolvíome la tercera mirándome de la cabeza á los pies y exclamando:

—Es griega.

La cuarta era romana, la quinta de Pío IX...

Había tomado un puñado de monedas fuera de uso y ya apartadas por precaución. Todos me miraron; ninguno creyó que por casualidad hubiese tratado de pasar aquellas monedas. Me ruboricé como un muchacho; mi reputación quedaba perdida sin remedio. Si hubiese estado allí mi Guyot, ¡cómo se hubiese regocijado!

\*  
\* \*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

¡Pobre Guyot! Debe acordarse todavía de la fecha de la captura del *Doelthwich*, porque aquel día pasó un mal rato. Verdaderamente fui cruel; pero él se tuvo la culpa; debía seguir la calle á pie antes que venirse á sentar en aquel puesto vacío que quedaba en la jardinera, entre mí y el jovencito que tenía desplegado *El Grito del Pueblo*. Lanzóme á mí una mirada y otra al diario y se estrechó y se empequeñeció para evitar nuestro contacto, y entonces fué cuando aquella acción provocadora, desencadenó mis instintos feroces. Para vengarme, y para redoblar su formento, saqué del bolsillo y desplegué *La Lucha de Clases*. Le sentí estremecer como un hombre á quien se le apuntan dos revolvers. ¡Fuí implacable! Pero por poco rato. Un pensamiento más levantado acudió á mi mente. Pensé que era tonto maravillarse del lento camino que hacen en el mundo las ideas más grandes y benéficas, puesto que tenía al lado una prueba tan viva y evidente de ello. Era un hombre que durante toda su vida no había leído un periódico ni un libro socialista; nunca aceptado ni querido oír una discusión sobre aquella idea; que había pasado á través de todo este gran movimiento social con los ojos cerrados y los oídos tapados, á propósito, llevando intactos dentro de sí hasta la muerte, como artículos de fé, todos los prejuicios más calumniosos é insensatos que contra la nueva doctrina, y quienes la profesan, había esparcido unos mal intencionados; que no hubiese comprendido nunca ni indagado siquiera, si aquellas palabras *lucha de clases*, podían tener un significado distinto del que le habían dicho; que habría sonreído con compasión si se le hu-

biese dado á entender que aquella era una verdad de todos los tiempos, una necesidad histórica manifiesta, un hecho que no existe porque se quiere, sino porque debe existir, como el curso de los ríos á la mar, y la ascensión de los vapores al cielo; y que en virtud de aquella lucha, poseía él aquellos derechos de ciudadano que sus padres no habían tenido, y que era esa misma lucha la que combatía él con todos sus pensamientos, con todos sus sentimientos, y con sus actos todos, desde que tenía usó de razón. ¡Pobre Guyot! ¿Qué culpa le cabía? Era de buena fé; lo advertí en el movimiento que hizo para tomar el billete del cobrador, levantando el brazo con gran cautela para no tocar aquellos dos papeles execrados, en los cuales creía que se predicaba el exterminio y el infierno! ¿Para qué cerrar contra él, si odiándonos á nosotros cree odiar sinceramente la perversión y el delito? Pensando esto, y movido por un sentimiento de piedad, doblé de nuevo el periódico y me lo metí en el bolsillo. En el mismo instante bajó el joven, Guyot tomó un sitio para apartarse de mí y lanzó un suspiro de alivio, como un Cristo despegado de la cruz. No tenía ya al lado, sino á uno de los ladrones.

\*  
\*  
\*

Durante tres días seguidos encontré la *Carrozza di tutti* bajo el influjo de Venus. Corría el tranvía



por el último trayecto del paseo Casale, donde á través de las sombras de los grandes olmos que parecen subir hasta el cielo, se vé entre los fustes olmeados, como por los vanos de una selva de columnas, relucir el Po cubierto de barquichuelas de pescadores. Aquí y allí, sobre los bancos de la jardinera, estaban sentados un bersagliere, un anciano architinto, dos músicos con las trompas sobre las rodillas, una aldeana con un conejo entre los brazos, y en el centro una muchacha y un joven, que reconocí en seguida por sordo-mudos, enzarzados en un coloquio amoroso. Amoroso, sin duda alguna: los ojos lánguidos y las mejillas encendidas de ella lo decían. Tenía magnífico aspecto: un rostro ancho, pero de expresión infantil, una sonrisa extraña, extraña, como el que sonríe sufriendo, pero simpática; un busto fuerte y bien formado. El espectáculo era nuevo para mí, y le pude gozar durante largo rato. Había observado otras veces aquella mímica misteriosa de los magnetizadores y cabalísticos, aquellos gestos vagos del que dibuja en el vacío ó parece amenazar ó bendecir una invisible figura; pero no tenía idea del colorido, de la modulación singular que á aquel lenguaje aéreo puede dar la pasión. En los gestos de ella particularmente, había un no se qué de mórbido y de gentil, y hasta en los movimientos más rápidos, alguna cosa intraducible que parecía corresponder al temblor, á la languidez de la voz, á las notas argentinas y casi involuntarias, que surgen del pecho conmovido de una muchacha que hable. Su mano se movía por el aire, describía curvas graciosas, caía sobre las rodillas con un abandono grande ó con

una vivacidad graciosa, y su mirada, mientras gesticulaba el joven en vez de fijarse en su rostro, acompañaba sus gestos como si él tuviera sus ojos en las manos, con una movilidad, con una vida que traducían la comprensión de su alma. Aquella conversación de dedos y pupilas me atraía, me hacía pensar en la singularidad de un amor que no conoce la dulzura de las palabras susurradas al oído; que en el momento en que la pasión busca las expresiones más ardientes y pronuncia las palabras más suaves, nada puede decir, ni siquiera á su modo; de un amor en que la amplitud trunca la comunicación del pensamiento y los dulces apóstrofes de *ángel, corazón mio, alma mia*, salen del alma sin música y no restan en el alma sino en forma de dos almas agitadas. La mímica del joven entre tanto se aceleraba, como si al bajar del tranvía hubiese tenido que separarse de su amiga y quisiera aprovechar el tiempo; ella no hacía sino ademanes lentos y cortos, casi siempre los mismos, como la repetición de una frase ó de una palabra acompañada de una sonrisa continua, incierta y dulce. ¿Era una negativa? ¿Una promesa? ¿Una expresión de duda? Ambos estaban excitados, pero aunque sintieron sobre ellos las miradas de todos, no dieron muestra alguna de timidez ni de sugestión, como si los presentes les parecieran gentes de otro mundo, con la cual no pudiesen tener ninguna relación de sentimientos, como si ninguna palabra pudiese llegar a su alma, como si una distancia inmensa les separase de todos aquellos otros seres. Luego «callaron» á un mismo tiempo los dos. Ella se volvió para mirar primeramente la cascada del Po, de la

cual no sentía el rumor, después los olmos de la orilla, donde cantaban pájaros de los cuales ignoraba el canto; luego las trompas de los dos músicos, que eran para ella un instrumento misterioso, como un aparato eléctrico para un salvaje. Cuando el tranvía entró en la plaza de Víctor Manuel, volvieron á hablar de nuevo. Parecía que él le hiciese alguna calurosa recomendación y ella asintiese. Después hizo parar la pobre muda y estrechando la mano á su compañero, bajó enderezando sus pasos hacia las arcadas. El se corrió hacia la extremidad del banco y la siguió con los ojos, con una sonrisa de curiosidad amorosa y compasiva hasta que desapareció. El cobrador que estaba en el estribo al lado de él, guiñóle un ojo y volvió la cabeza como para decirle:

—¿Es tu novia eh, pillastre?

Pero quedó tan estupefacto como yo, oyendo que le respondían con voz llena y con perfecta pronunciación, con acento afectuoso de compasión y de respeto:

—*¡Povra fia!* (¡pobre muchacha!)

¡Solamente era muda ella!

\*  
\*\*

*¡Amour, toujours!* como dice la canción. Fué este un buen caso, (no raro, según me dijeron) de per-

secución amorosa. En el paseo de Víctor Manuel, una señora muy guapa, pára la jardinera con un *alto* imperioso, sube con ímpetu y se sienta á gran velocidad; pero apenas habían reanudado la marcha los caballos cuando saltó á la plataforma traserá un elegante, con el sombrero de alpinista y los lentes sobre los ojos, que se quedó allí como un poste, con la mirada fija en la señora, de la cual le separaban seis bancos, esperando sin duda, que hubiese un sitio vacío. En el cruce de los paseos Víctor y Humberto, quedó vacío el sitio deseado, detrás de la señora y entonces él, ágil y con el rostro impertérrito, corrió por el estribo y se sentó á espaldas de ella, que lo sintió sin verlo y dió un respingo, como si le hubiese picado una avispa. No había pasado un minuto cuando se vió venir el tranvía de las Afueras. En aquel momento mismo, el perseguidor empezaba á adelantarse como quien va á espetar una declaración; pero he aquí que la señora da una sacudida con la siniestra mano á la correa de la campanilla y con la diestra, blandiendo una sombrilla, indica al otro cochero que pare. Los dos carruajes se detienen, la perseguida salta, toma el otro tranvía, al que sube como un relámpago, y el perseguidor obstinado hace la misma operación que ella, saltando en el mismo tranvía que tomó la fugitiva.

La escena que pudieron presenciarla todos, despertó un murmullo, del cual salieron estas exclamaciones:

—¡Qué descaró!

—¡Pues está bien!